

PEDRO PABLO PIZARRO,
INGENIERO CIVIL

AGUAS NACIONALES, AGUAS FAMILIARES

Desde niño, Pedro Pablo Pizarro siempre había tenido un sueño: navegar. A los 26 años finalmente se compró un bote con uno de sus hermanos y, desde entonces, no ha vuelto a poner los pies en la tierra.

POR DANIELA HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

Se anuncia ventarrón y la regata no se suspende. Pedro Pablo Pizarro ha decidido correr junto a sus hijos (dos mujeres y tres hombres), quienes ya son parte de su tripulación. Toman las precauciones correspondientes, se sueltan del muelle y a navegar se ha dicho.

“Cuando te embarcas hay veces en que las condiciones de viento y las olas no son las más adecuadas. El bote es inestable y parece una cáscara de nuez en el mar. Se dan vuelta las velas, el bote se tumba, se ve el quillote fuera del agua y quedan todos colgando. Hay mucho ruido de cuerdas y velas. Uno está constantemente mirando hacia los lados para que no te vaya a golpear algún cordel o escota. Todo esto sucede a no más de 20 kilómetros por hora, una velocidad relativamente lenta, pero en un bote es como andar a trescientos en un fórmula uno”, comenta Pizarro. Y agrega que todas esas sensaciones “generan temple

y uno vence miedos... Eso permite adquirir experiencia, la capacidad de sortear situaciones difíciles y decir: si estuve en esas condiciones; puedo estar en otras”.

En sus inicios y durante seis años navegó en botes pequeños, posteriormente hizo un salto y se dedicó a la vela competitiva. “Me metí a una clase muy numerosa que se llamaba J-24 y ahí corrí varias regatas”, recuerda emocionado. Este velero fue importante para Pedro Pablo ya que fue en él donde aprendió mucho acerca de esta disciplina y lo que significa llevar una embarcación grande y pesada.

En 2001 pasó a los botes oceánicos, donde sube el tonelaje y la tripulación aumenta de cinco a doce personas. Actualmente, el tema de la competencia no tiene especial protagonismo. “Esto partió como un proyecto de vida. Cuando tomé la decisión tuve que pensar en qué era lo que quería, si competir o relajarme”, explica, y finalmente se decidió por un mix que combine el paseo con lo netamente deportivo.

Desde ese minuto, sus hijos pasaron a ser parte fundamental de este proyecto. Actual-

mente navegan todos juntos, donde el trabajo en equipo los ha hecho aprender mucho el uno del otro. Aunque los roces existen, lo bueno es que las cosas se conversan. Por lo demás, dice él, discutiendo se liman las asperezas y dentro de un yate se crea esa instancia.

Este marino no sólo ha probado aguas nacionales. Ha navegado en Inglaterra, donde corrió una regata como invitado en el bote de un amigo. Además disfrutó del Caribe, oportunidad en la que conoció otro tipo de vida en el mar: probó los catamaranes, yates con dos pontones, a diferencia de los monocascos, comúnmente utilizados en nuestro país. Es en ese clima en donde lo acompaña su señora, a quien ni las aguas movidas ni el clima helado de nuestro país le llaman la atención.

En el círculo de la vela, hay una cultura que deja enseñanzas, elemento importante para Pedro Pablo a la hora de escoger tal o cual deporte. Por eso, el lugar dónde practicarle también es muy importante. Ahí apareció Algarrobo, una caleta que cuenta con buenas instalaciones para los veleros. “Además, tiene

una de las bahías más lindas de Chile. Una caleta muy encantadora y allá he llevado las raíces de mis hijos”.

Además, esta localidad reunía todas sus exigencias: playa para que su señora tomara sol, una bahía bonita y tranquila para navegar, un club de yates y una serie de actividades para que sus hijos se entretuvieran.

Cabe destacar que la ciudad es pequeña por lo que es acogedora, además de tranquila. “Me gusta que todo el mundo se conozca, mi señora tiene un grupo grande de amigas con las cuales sale a andar en kayak o simplemente se juntan a conversar”, dice.

PLANES A FUTURO

La idea es que en el futuro más gente se una y compartan la visión de Pedro Pablo. Ha

tenido contacto con un italiano que navega y a ambos se les ocurrió la idea de hacer una especie de club internacional. De esta forma, cuando uno tenga que viajar por negocios o simplemente a pasear, pueda tener contacto con navegantes de ese país y disfrutar de otras aguas.

“Una vez el italiano vino a Chile y salimos a navegar, tocó un día precioso, y me preguntó: ‘¿ése no es el Aconcagua?’ y precisamente era... Por la lejanía y a unas diez millas al interior y en los días bonitos se puede ver el Aconcagua desde la bahía de Algarrobo”, describe. “El color del mar era azul y el italiano estaba fascinado. Junto a la embarcación iban las toninas y por la noche las estrellas dibujaban el mejor paisaje. ¡Él quedó loco!”, dice Pedro Pablo.

Para este chileno, el impacto que demostró

el europeo no se podría comparar con su reacción si es que conociera Chiloé, donde año por medio se reúnen más de ochenta embarcaciones para la tan tradicional regata que lleva el nombre de esa localidad. Este año se realiza la competencia, pero no podrá llevar su bote debido a que sus hijos no pueden acompañarlo, por lo que correrá en otro velero y sólo irá con el menor de ellos.

Para la próxima Regata de Chiloé los planes son otros. Se viene un cambio de bote que significó reunir a sus hijos, que ya están en edad de tomar decisiones y sellar con ellos un compromiso con la nueva aventura. Una vez concretado el proyecto, la idea es darse unas vueltas por el sur de Chile, navegar las islas de Juan Fernández y de Pascua, y hacer travesías más largas. **EG**